

## Valladolid y sus recuerdos. Un artículo olvidado de Emilia Pardo Bazán en *La Lira*. Periódico quincenal de Literatura y Música Dedicado al Bello Sexo

Marisa Sotelo Vázquez  
UNIVERSITAT DE BARCELONA  
msotelo@ub.edu

(recibido outubro /2022, aceptado decembro/2022)

RESUMEN: Se trata de un artículo olvidado publicado por una joven Emilia Pardo Bazán en el periódico coruñés *La Lira* (13-V-1875), dedicado al escultor Juan de Juni. Es una muestra muy temprana de su actividad como viajera y cronista de arte. Como tantos otros artículos de la autora responde al andamiaje teórico determinista de Taine en *Filosofía del Arte*.

PALABRAS CLAVE: crónica de arte, Pardo Bazán, Juan de Juni, Taine.

ABSTRACT: This is a forgotten article published by a young Emilia Pardo Bazán in the A Coruña newspaper *La Lira* (13-V-1875), dedicated to the sculptor Juan de Juni. It is a very early sample of her activity as a traveler and art chronicler. Like so many other articles by the author, it responds to Taine's deterministic theoretical scaffolding in *Philosophy of Art*.

KEYWORDS: art chronicle, Pardo Bazán, Juan de Juni, Taine.

Emilia Pardo Bazán, además de autora de espléndidas novelas y un gran número de cuentos, fue también una fecunda escritora de artículos periodísticos, bien de crítica literaria, bien en relación con su actividad como cronista y viajera. Son muchos los artículos que, en las diversas modalidades, Pardo Bazán, como otros escritores de su tiempo, recopiló posteriormente en libro, tal es el caso de los artículos de *La Época* (1882-3) que pasaron a integrar *La Cuestión palpitante* (1883) o los recopilados en *Polémicas y estudios literarios* (1892) en el caso de la crítica literaria. También proceden de su publicación en prensa los referentes a las Exposiciones universales de 1889 y 1900 recogidos en *Al pie de la Torre Eiffel y Por Francia y Alemania* (1889), *Cuarenta días en la Exposición* (1900), así como las crónicas propiamente viatorias de *Por la España pintoresca* (1896) y *Por la Europa católica* (1902). Estas obras recogen una buena parte de su actividad periodística, pero no toda en su integridad, tal como evidencia el panorama trazado por Emilia Pérez Romero, *El periodismo de Emilia Pardo Bazán* (2016), entre otros trabajos más específicos o parciales, que no podemos detallar aquí. Sin embargo, queda todavía mucho

por hacer en este ámbito, por ello no es de extrañar que todavía nos topemos con algún artículo olvidado en las páginas de prensa regional gallega o en algún otro periódico de la prensa nacional o hispanoamericana. Doña Emilia escribía incansablemente guiada de una curiosidad sin límites que la llevaba a interesarse no solo por la literatura sino por el arte, la música, la ciencia, las costumbres, la moda, el movimiento feminista, las sociedades del folklore y tantas otras cuestiones.

Desde hace algunos años me vienen interesando los comienzos periodísticos de la autora y sus colaboraciones en la prensa regional gallega, *El Heraldo de Gallego* (1875-1880) semanario orensano afín al Rexurdimento dirigido por Valentín Lamas Carvajal, y el coruñés *La Lira. Periódico quincenal de Literatura y Música*, que se publicaba con un curioso subtítulo “Dedicado al Bello Sexo”, y que, como tantas otras publicaciones periódicas decimonónicas, tuvo una vida muy breve, tan solo quince números, del 12 de febrero y el 15 de octubre de 1875. Sin embargo, tiene interés el vaciado del mencionado periódico porque, a parte de descubrirnos algunos aspectos curiosos de lo que se consideraba entonces las aficiones del universo femenino, en sus páginas entre otras escritoras como Emilia Calé Torres de Quintero (La Coruña, 1837- Madrid, 1908), aparece la pluma de una joven Emilia Pardo Bazán, que estaba en pleno aprendizaje periodístico e iniciando también por aquellas fechas sus colaboraciones en el semanario orensano *El Heraldo Gallego*, para pasar a dirigir *La Revista de Galicia* en 1880.

*La Lira* era un periódico esmeradamente impreso a doble columna, en el que figuraba en la cabecera una lira, instrumento representativo de la poesía y la música, dos de las secciones fundamentales en la publicación. También, en dicha cabecera, tras el subtítulo: “Periódico quincenal de Literatura y Música. Dedicado al bello sexo”, constaba el nombre del director Don José María Montes Rouco (1822-1892), periodista, escritor y político con una amplísima trayectoria en la prensa gallega, muy ligado al movimiento galleguista. Fue el organizador de los Juegos florales de Betanzos de 1886 y dirigió varias publicaciones gallegas estrechamente vinculadas a la ciudad de la Coruña, como el *Diario de la Coruña*, *Diario de Anuncios y Noticias de la Coruña* (1858), *El Brigantino* y *La Lira*, entre otras. También fue colaborador de la *Revista de Galicia* (1880), en la que publicó en el número del 18 de abril un soneto titulado “La flor del sentimiento”; composición poética que parece estar dedicada a la autora de *Los Pazos de Ulloa*, a juzgar por la alusión del primer verso:

Hay una flor, Emilia, en nuestra vida  
que en la primera aurora se presenta  
y, al par que galas sin igual ostenta,  
de abrojos se presenta guarnecida

En nuestro seno su raíz se anida,  
horas de gozo y de amargura cuenta,  
que veces mil del llanto se alimenta,  
de mil diversos males combatida

cual su tesoro la custodia el hombre,  
en ella están su dicha y su tormento,  
no existe flor que su belleza asombre.

De esta flor que es tu gloria y tu contento.  
¿sabes decirme el misterioso nombre?  
Esa flor ¡...es la flor del sentimiento!

La primera mención muy elogiosa a Emilia Pardo Bazán en *La Lira* aparece en la sección de “Suelos”, en el número 4 del 24-marzo, donde se anunciaba su colaboración con dos poemas “El Rhododendro silvestre” y “Antes y después”:

Comenzamos a insertar hoy las bellas composiciones con que tuvo a bien favorecernos la señorita Emilia Pardo Bazán, que revelan que el ingenio de su inspirada autora se halla a la altura de la nueva evolución que va tomando la poesía en nuestra patria (Suelos 1875: 2).

En el número 5 correspondiente al 12 de abril, Pardo Bazán publica el poema “La nieve del Mont-Blanc”<sup>1</sup>; en el número 7 del 13 de mayo, “Valladolid y sus recuerdos. Estudios artísticos”; en el número 10 del 30-junio, “Estudios históricos. Las civilizaciones muertas”, que aparecería posteriormente en *El Heraldo Gallego* (5 y 10-octubre, 1876). Y en número 15, del 15-octubre, “Descripción de las Rías Bajas” (*El Heraldo*, 28-octubre y 4-noviembre, 1875). De todas estas colaboraciones hasta la fecha permanecía olvidada en las páginas de *La Lira* la correspondiente al 13 de mayo, titulada “Valladolid y sus recuerdos. Estudios artísticos”, que por su temática la autora hubiera podido incluir y, sin embargo, no lo hizo en el volumen titulado *Por la España pintoresca*, que recoge otro artículo distinto y complementario sobre la ciudad castellana titulado “Los santos de Valladolid”<sup>2</sup>.

El artículo que a continuación transcribimos es evidentemente una crónica de viaje y una muestra muy temprana de crítica de arte, en este caso concretamente sobre la obra del gran escultor franco español Juan de Juni, figura destacada junto a Alonso Berruguete de la Escuela Castellana. La segunda parte de esta crónica responde al andamiaje teórico determinista de Hipólito Taine formulado tanto en la *Filosofía del arte* como en la *Introducción a la historia de la Literatura Inglesa*, pues tal como postulaba el filósofo francés, la raza, el medio y el momento histórico determinan y explican la obra de arte. Siguiendo dichos postulados y empleando una metodología comparatista escribe doña Emilia a propósito de la ecléctica personalidad artística de Juan de Juni:

<sup>1</sup> Cf. José Manuel González Herrán y María Sandra Rosendo Fernández: “Emilia Pardo Bazán: diez poemas inéditos de su viaje por Europa en 1873”, en A. Abuján González, J. Casas Rigall y J. M. González Herrán (eds.), *Homenaje a Benito Várela Jácome* (Santiago de Compostela: Universidade, 2001), pp. 235-253. Reeditados en «Apéndice» de: E. Pardo Bazán: *Apuntes de un viaje. De España a Cinebra*, ed. de J. M. González Herrán, Santiago de Compostela: RAG-USC, 2014, p. 236.

<sup>2</sup> Es un artículo de arte publicado inicialmente en el *Nuevo Teatro Crítico*, n° 10 (octubre-1891), básicamente dedicado a los escultores en madera Gregorio Hernández, Juan de Juni, Alonso Berruguete, escultores hiperrealista integrantes de la gran Escuela de Escultura Castellana, cuyas obras se guardan en el Museo provincial de Valladolid.

Si es verdad que los lugares en que se habita imprimen inequívoco sello a las grandiosas concepciones del arte; si es verdad que, en pintura, la escuela flamenca<sup>3</sup> retrata escenas de familia y tipos prosaicamente robustos y plácidos, porque así los halla a su paso; si es cierto que Rafael debe al cielo de Italia y a las reminiscencias latentes del paganismo, la gracia helénica de la forma y la chispeante riqueza del colorido, preciso será creer que este suelo en que se agita tanta idea, en que tanta fecunda batalla riñeron las más opuestas tendencias del espíritu; este pueblo que vitoreó a Juan de Padilla y oró con los hijos de San Francisco, que vio nacer a Felipe II, el representante incontrastable de la unidad hispánica, y morir a Colón, el apóstol de la ciencia cosmopolita y enlazadora de la humanidad hasta sus más apartados confines; este pueblo, sacudido por vitales estremecimientos y por oleadas de grandezas y de revelaciones, tenía al inspirar a un artista, que transfundirle en las venas su espíritu generosamente ecléctico. Esto hizo con Juan de Juni.

Las palabras citadas sintetizan perfectamente las líneas maestras de la tarea crítica de la autora, el andamiaje historicista procedente de Taine, la metodología comparatista que practicó siempre y que ilustra perfectamente su curiosidad intelectual. A estos dos factores hay que añadir también el eclecticismo característico su quehacer crítico, es decir la capacidad de seleccionar y aprovechar todo aquello que procedente de otras culturas y otras manifestaciones artísticas contribuyera a enriquecer la cultura nacional. Y desde estas premisas se debe considerar a Emilia Pardo Bazán una verdadera intelectual gallega en primer término, española y europea.

**Emilia Pardo Bazán, “Valladolid y sus recuerdos. Estudios artísticos”, *La Lira*, núm. 7 (13 de mayo de 1875)**

“La vida de los pasados  
reprende a los presentes;  
que a tales somos tornados  
que el mentar los enterrados  
es ultraje a los vivientes”  
(Epitafio de Peranzules)

Hay ciudades que se resumen en un hecho, en un nombre; otras, por un envidiable privilegio; parecen llamadas a vibrar al soplo de toda corriente de arte, de ciencia o de gloria.

Ávila se estremece aún con los ardores estáticos de Santa Teresa; Orleans vive todavía el misticismo patriótico de Juana de Arco; ciérnese sobre las calles angostas de Ginebra la sombría silueta de Calvino, y estas tres ciudades eternas, contempladoras de una fase de su propia historia, perpetúan a través de los incesantes cambios sociales el espíritu de aquel grande que un día brotó en su seno.

<sup>3</sup> Doña Emilia se había ocupado del arte flamenco en varios artículos de sus libros de viaje, especialmente en *Por la Europa católica*, publicado en 1902, fruto de su viajes y visitas a los grandes museos holandeses y belgas. Cfr. Marisa Sotelo 2008: 413-426.

Valladolid no formó parte de esta pléyade, ajena al exclusivismo, la noble ciudad ha sabido crearse horizontes variados cuanto vastos. En el valle risueño y feraz, bañado por las sesgas aguas del Pisuerga, existió con una vida múltiple y febril un microcosmos, un centro de prodigiosa actividad, al cual confluían para luchar brazo a brazo, todas las ideas, tendencias y aspiraciones que han agitado a la humanidad.

Aquí y en una humilde casita –humilde como los destinos del manco de Lepanto– escribía Miguel de Cervantes Saavedra las mejores páginas de su asombroso Quijote. Aquí mismo, en otro caserón de solariego aspecto, moría, injuriado y maltratado por indignos cortesanos el hombre a quien la ciencia venera como apóstol y el catolicismo se dispone a venerar como santo: Cristóbal Colón. Aquí prosperaba bajo el amparo de Felipe II el Colegio para la educación de jóvenes irlandeses católicos, adoctrinados exprofeso para combatir en su país el protestantismo, casi en los mismos días en que el doctor D. Agustín Cazalla predicaba ardientemente a los vallisoletanos la reforma de Lutero, y sufría por ello la pena de muerte en garrote vil. Las brisas del blando Pisuerga oreaban la frente de Fray Luis de León, preso en la Inquisición por traductor del Cantar de los Cantares y de Santa Teresa que venía a fundar el cuarto convento de la orden del Carmelo. La plaza del Ocho ha visto caer la cabeza de D. Álvaro de Luna, y guarda aún la escarpia de la que, lívida y sangrienta, la colgó el verdugo para ejemplo –dice la crónica– de audaces válidos, y la iglesia catedral se enorgullece con la tumba de Pedro Ansures, el buen conde, cuyo nombre en labios del pueblo se ha corrompido en Peranzules, y ha venido a ser como el calificativo de las gentes llanas y corrientes; tal era de bondadoso y sencillo aquel guerrero formidable, valiente hasta la temeridad, compañero del cid y señor soberano de Valladolid por juro de Alfonso VI.

Con diferencia de pocos años, en aquellas gloriosas centurias XVI y XVII siglos de oro de nuestra patria que ceñía a la sazón una doble diadema de océanos y de mundos, arraigaban en las entrañas de Valladolid todos los retoños del árbol de la inteligencia y del arte, cuyas muertas ramas nos sobrecogen aún hoy de pasmo profundo. El cincel de Berruguete y de Juan de Juni tallaban maravillas, como el retablo de la Antigua, cuyos escorzos atrevidos no desdeñaría Miguel Ángel; en el colegio de San Gregorio estudiaba filosofía un jovencillo de raídos manteos, que fue después Fray Luis de Granada; y en el colegio de Jesuitas, el marqués de Lomba y duque de Gandía explicaba Sagrada Escritura, cubierto ya con el burdo sayal bajo el cual se llamó San Francisco de Borja. Y quizás el beato Simón de Borja, el extático Miguel de los Santos fueron distraídos de sus rezos, maceraciones y penitencias por los desaforados tañidos de la campana mayor de la iglesia de San Miguel tocando a rebato por los Comuneros para impedir la marcha a Alemania del Cesar Carlos V.

Si es verdad que los lugares en que se habita imprimen inequívoco sello a las grandiosas concepciones del arte; si es verdad que, en pintura, la escuela flamenca retrata escenas de familia y tipos prosaicamente robustos y plácidos, porque así los halla a su paso; si es cierto que Rafael debe al cielo de Italia y a las reminiscencias latentes del paganismo, la gracia helénica de la forma y la chispeante riqueza del colorido, preciso será creer que este suelo en que se agita tanta idea, en que tanta fecunda batalla riñeron las más opuestas tendencias

del espíritu; este pueblo que vitoreó a Juan de Padilla y oró con los hijos de San Francisco, que vio nacer a Felipe II, el representante incontrastable de la unidad hispánica, y morir a Colón, el apóstol de la ciencia cosmopolita y enlazadora de la humanidad hasta sus más apartados confines; este pueblo, sacudido por vitales estremecimientos y por oleadas de grandezas y de revelaciones, tenía al inspirar a un artista, que transfundirle en las venas su espíritu generosamente ecléctico. Esto hizo con Juan de Juni.

Juan de Juni –sobrado desconocido para mengua del arte español- era uno de esos cinceles poderosos que vierten en el inerte leño la savia de su atrevida inspiración sin acatar más reglas que las que dicte su lozana fantasía. Hijo del Renacimiento no le cuesta, sin embargo, esfuerzo alguno el tallar un maravilloso retablo de gusto gótico, joya que ostenta este Museo provincial; y bajando enseguida de la idealista esfera del arte de la Edad media, que anula al hombre para transfigurarlo y aproximarle al tipo divinamente macilento de Jesucristo, y veía las profanas morbideces de la forma con la rapidez bizantina de los majestuosos ropajes, vuelve a ser el gran realista, el verdadero reflector de la naturaleza, en el grupo admirable del sepulcro del Señor, existente en el mismo Museo. Allí palpitan todas las fibras del sentimiento humano; la madre amante, figura trágica y que arranca lágrimas, lanzándose a besar el sagrado cuerpo; el discípulo amado, cabeza apolínea, de hermosura varonil y dulce; el cuerpo mismo, obra maestra de perfección anatómica, en que no ha olvidado Juan de Juni la contracción de un solo músculo, ni la torsión de una sola vena; todo, todo en este grupo inapreciable responde a la idea de observación profunda que comprueban patentemente los soberbios escorzos tan naturales como valientes del retablo de la Antigua.

Y, verdadero Proteo artístico, aún no se satisface con estos triunfos de artista, y quiere sorprender a la mudable forma hasta en sus manifestaciones más grotescamente positivas. Despojándose de pronto de la inspiración mística del arte gótico y dejando a un lado al Renacimiento con sus armoniosos estudios de curvas y actitudes académicas, se revela como implacable humorista en las figuras de los Pasos de la Pasión, dando a los sayones que hacen la crucifixión y juegan a los dados la túnica inconsútil de Cristo, la expresión de la ferocidad más risible y de la abyección más burlesca que puede alcanzar la figura humana sin atacar a las reglas anatómicas de proporciones y colocaciones.

Juan de Juni es el artista que le corresponde a Valladolid, como Murillo a Sevilla y Goya a la época decadente, pero característica de Carlos IV. Los períodos históricos crean artistas *ad hoc*, como las condiciones climatológicas crean fieras y faunas peculiares. Juan de Juni, en la rica variedad de sus composiciones, en la vaguedad grandiosa de su estilo, en la universalidad de su fuerza creadora, es como el trasunto de esta ciudad de múltiples recuerdos, de diversísimas etapas, que tiene voces para el poeta, para el pensador, para el artista y para el místico, y que así responde al que vive de progreso y de adelanto no interrumpidos como al que a través de mil obstáculos alimenta la aspiración generosa de unificar la patria y devolverla su legítimo puesto en el coro de las naciones.

Los que no quieran pedir a Valladolid ni los altos hechos de sus crónicas, ni los grandes nombres de los que duermen a la sombra de sus templos, que no evoquen ni la memoria de Padilla el comunero, ni de Colón el cosmógrafo, ni de Cervantes el príncipe de los

ingenios; que no quieran ver la celda de Santa Teresa, ni la cadena pendiente de la cual bajaron a Felipe II para bautizarle, ni el montante y el guantelete de Peranzules; que no admiren ni la fachada de San Pablo, ni la iglesia de la Antigua, llamen a lo menos a la puerta del arte y del culto de lo bello, y vengan a estudiar las obras de este genio ignorado, que como Miguel Ángel fue a la vez un gran escultor, pintor y arquitecto y que se llamaba Juan de Juni.

Emilia Pardo Bazán  
Valladolid, 1 de abril de 1875.

### BIBLIOGRAFÍA

Pardo Bazán, Emilia (1895): "Los santos de Valladolid", *Por la España pintoresca*, Barcelona, Antonio López, editor, col. "Diamante", núm. 32, pp. 112-124.

Pardo Bazán, Emilia (1875): "Valladolid y sus recuerdos. Estudios artísticos", *La Lira*, núm. 7 (13 de mayo), p. XX.

Montes Rouco, José María (1880): "La flor del sentimiento", *Revista de Galicia*, 18 de abril.

(1875) "Suelos", *La Lira*, núm. 4, 24 de marzo, p. 2.

Sotelo Vázquez, Marisa (2008): "Emilia Pardo Bazán: relaciones y correspondencias entre la crítica literaria y la crítica de arte", *La Literatura española del siglo XIX y las artes*, (ed. J. F. Botrel et alii), Barcelona, PPU, pp. 413-426.

RG 11/6 *Imprenta de la Lira (Ara)*

AÑO I. Coruña, 13 de Mayo de 1875. NÚM 7.



# LA LIRA

PERIÓDICO QUINCENAL DE LITERATURA Y MUSICA  
DEDICADO AL BELLO SEXO.

<b>PRECIOS DE SUSCRICION.</b> <small>4 reales al mes.—Número 4 sellos 4 rs.</small>	<b>DIRECTOR</b> <b>DON JOSE MARIA MONTES.</b>	<b>Redaccion y Administracion,</b> <small>Calle de Acevedo, número 99, bajo.</small>
--	--	---

## SUMARIO

**TEXTO.**—Revista quincenal. (*Memphis.*)—Santos.—Valladolid y sus recuerdos; (*Estudios artisticos, por Emilia Pardo Bazán.*)—Saludo á la patria. (*por Emilia Caló.*)—**POESIAS.**—Recuerdos. *por Narciso Perez Rago.*—Aniversario. (*La memoria de un insubordinado por Don Francisco Coll, por Emilia Caló Torres.*)—Desamparado! (*por José Augusto Melillo.*)—A Píera. (*por J. P. Abascal.*)—Los dos mendigos. (*Épica por Vasco Cheda.*)—Miscelánea.—Correspondencia de *La Lira.*—Anuncios.

**SECCION MUSICAL.**—Pobres flores.—(*Melodia para canto y piano por F. G. Otero, dedicada á su amigo Eugenio Labda.*)

En la Compostelana ciudad, siguen con gran actividad los trabajos para terminar la plaza de Toros, y arreglo del edificio en que se ha de celebrar la exposicion regional durante la festividad del Santo Apóstol, y supongo que muchas de vosotras tendreis el placer de pasar allí divertidos dias, lo que tal vez será humanamente imposible al pobre *Memphis*, á no ser que un premio *grado* venga á curarle la *siadineritis aguda* que hace años le tiene cariacontecido.

Dejando mis penas á un lado, voy á describiros á vueta pluma, la función del Gimnasio, con la imparcialidad que me es característica.

Hallábase el salon sencillo y elegantemente decorado, viéndose de trecho en trecho caprichosamente colocados los trapecios, argollas, escaleras aéreas, paralelas, etc. etc., y las manoplas, sables y flores en bonitas panopias, lo que hacia comprender el objeto á que especialmente se dedica la mencionada Sociedad.

Un escogido *bonquet* de elegantes y hermosas jóvenes, y simpáticas mamás, é infinidad de pollos y verdigallos, invadian aquel delicioso lugar.

A la hora prefijada, la orquesta dirigida por el inteligente profesor Sr. Courtier y compuesta en su mayor parte de socios de mérito, ha puesto en ejecucion con notable maestria, la preciosa sinfonia de *Norma*, poniéndose en seguida en escena el divertido juguete *A pluma y á pelo* ejecutado hábilmente por los socios Sres. Castro y Martínez, que fueron muy aplaudidos.

El Sr. Howland acompañado al piano del joven señor Fernandez, cantó con gran acierto y dulce voz una sentimental ária de ténor de la ópera *Fausto*, haciéndose acreedor á una salva de aplausos.

Terminó la primera parte con el gran concierto en *sol menor*, de Medelsson, ejecutado al piano con admirable ejecucion y delicado gusto, por el Sr. Blanco, á quien la concurrencia demostró sus simpatias.

## REVISTA QUINCENAL

Quince dias han transcurrido desde que tuve el alto honor de dirijiros unas mal coordinadas líneas, y en este espacio de tiempo puede decirse que nada notable ha llegado á mi conocimiento, si se exceptúa el gran festival con que nos ha favorecido el siempre galante Circulo de Gimnasia y Esgrima, y del cual me ocuparé mas abajo.

Sabeis muy bien que el tiempo sirve muchas veces de base para entablar un apasionado diálogo dos almas que se quieren, y en esta ocasion procuro imitarlas diciendos, que el tiempo estuvo tan variable y desapacible que no permitió disfrutaiséis de agradables paseos, ni de los dulces acordes con que la música de artilleria acostumbra á amenizar algunas horas en la bonita alameda de Mendez Nuñez, lo cual senti muchísimo, tanto por vosotras, queridas lectoras, como por mi invisible humanidad al privarme de poder contemplar vuestros seductores hechizos. Pero hay que tener paciencia y esperar á mejores dias, que en mi sentir no tardarán.

De las funciones teatrales no quiero hablaros, porque es muy poco agradable el tener que decir algunas verdades amargas, y mejor es no *menearlas*.